

Apostando por la memoria total

Continúa aquí el escritor francés sus crónicas sobre el juicio en Lyon de Klaus Barbie, y esta vez se centra en la declaración de Jacques Chaban-Delmas. Levy se interroga sobre el empeño de Delmas de convencer al público de que existió en Francia una Resistencia única, unida e indivisible. Y el articulista plantea la necesidad de seguir apostando, como ya afirmaba en anteriores crónicas, por una memoria total, sin concesiones y sin reservas.

DIOS sabe de mi respeto por Jacques Chaban-Delmas. Hombre de nobleza. Personaje de lustre. Resistente de eterna juventud, gaullista de primera hora, cuyo testimonio éramos muchos a esperar con impaciencia. No sería Frossard. No sería Lea Weiss ni Lise Lesèvre. No tendría ni el peso ni la carga emotiva de Elie Wiesel. Pero a fin de cuentas se trataba de Chaban. Se trataba del general Chaban. Era el héroe del cuarenta, fiel a sí mismo, a su juventud. Bastará con que hable, me decía, para que su sola presencia, ante el tribunal, sea por sí sola un acontecimiento. Y bien, ha hablado. Ha dicho cosas bellas y buenas. Ha opuesto —que no es poco— una admirable imagen de hombre a los que, por aquí y por allá, pretenden ofrecer a un Brasillach como ejemplo a la juventud. Queda, en aquellos que lo han escuchado o leído, un extraño sentimiento de malestar que, por mi parte, no me ha abandonado desde hace dos días.

¿Por qué? En primer lugar, lo que ha dicho de la Resistencia.

Fisiparo FAC

●●● (Viene de página 2)
sidencia del Gobierno se ha creado un (agárrense) Director de Infraestructura y Seguimiento para Situaciones de Crisis. Hay tarjetas todavía más rimbombantes. Apunten: Vocal Asesor Responsable de Exploraciones y Aplicaciones Informáticas (en Economía), Director General de Coordinación y de la Alta Inspección (en Educación) y Directora Ejecutiva del Comité Conjunto Hispano-norteamericano para la Cooperación Cultural y Educativa. Esta última oficina es la que se conoce como «la Fulbright».

Apostando por la memoria total

●●● (Viene de página 3)
frente a ellos y tal vez contra ellos, varios millones de otros

cia. Lo que ha dicho de su Resistencia. Ese empeño tan curioso en convencernos de una Resistencia única, unida, indivisible, jamás empañada por la sombra del menor conflicto. Se adivina la intención. Se adivina el deseo de oponer a las calumnias de Jacques Vergès un bloque de honor, de dignidad. Pero, ¿era preciso ir tan lejos? ¿Era preciso responder a la ilusión con la ilusión? ¿Era preciso, para responder a un ataque que, a fin de cuentas, no se ha producido, borrar de un plumazo todos los debates, combates, separaciones o participaciones que, se quiera o no, han dividido al ejército de las sombras? Bidault no era Moulin. Moulin no era Hardy. Hardy no estaba de acuerdo ideológicamente con los resistentes comunistas. Y yo no veo lo que ganaríamos con reemplazar esta historia verdadera, concreta y compleja, por una historia artificial. Esta versión tenía un sentido en 1943, cuando se trataba de que hombres que, en tiempo de paz, no tenían casi nada en común, se apiñaran frente al enemigo. Y no lo tiene, incluso se ha convertido en peligrosa, en un momento en el

hombres, aparentemente más moderados, quizá más hábiles, que se guardaban bien de seguir a ciegas las lecciones «extranjeras» de Berlín pero que aceptaban completamente, en cambio, la idea de un fascismo francés. No llevaban, estos fascistas, uniforme. No hacían el saludo hitleriano. No eran, estrictamente hablando, ni traidores ni colaboracionistas. Y sería una equivocación que, por retomar la fórmula en vigor durante la «liberación», se les acusara de «inteligencia con el enemigo». ¿Menos culpables? Menos alemanes. Más franceses. En cierta manera más peligrosos. Es a ellos —los «petainistas»— a quienes el proceso de 1945 ha exculpado. Ellos, los que los historiadores, más bien inagotables cuando de colaboracionistas se trataba, han preferido olvidar. Y es a ellos también a quienes las palabras de un Chaban continúan protegiendo.

que se trata de escribir la historia de la aventura.

Aún más grave: lo que ha dicho de Francia y de su pretendida unanimidad en el rechazo al invasor nazi. También ahí se adivina la intención. Se comprende el deseo de oponer a las burlonas risas vergesianas el maravilloso cuadro de un país entero levantado contra una minoría de canallas. La desgracia es que también esto es una ilusión. También una mistificación. La desgracia es que los resistentes no eran en 1940 más que unos cuantos miles. Unas decenas de miles en 1942. Siempre una minoría en 1944. Y que tenían ante ellos, aparte de Vichy y sus milicias, la evidencia, la sensatez, iba casi a decir la «razón», de un pueblo que acababa de ver a la Asamblea del Frente Popular doblegarse ante la infamia y dar plenos poderes a Pétain. ¿Hubo manifestaciones de masas en contra de los decretos infames? ¿Protestas contra la deportación de judíos? ¿Hubo, en Lyon, sombra de un amago de comienzo de huelga en el momento de la redada de los niños de Izieu? Jacques Chaban-Delmas sabe que no. Lo sabe mejor que nadie.

Sopeso mis palabras. Mido su gravedad. Mido bien el riesgo, sobre todo, de sustituir una simplificación («todos canallas») por otra simplificación («todos héroes»). Y tal vez sería necesario, distingo por distingo, llevar las cosas hasta el final al distinguir no solamente la colaboración del «petainismo», sino el «petainismo» del «esperismo», el oportunismo de la Resistencia blanda, la Resistencia blanda de la verdadera resistencia, etcétera... Aun así, el problema sigue. El riesgo, esta semana, era éste. Y el que lo fuera, una vez no hace costumbre, el rostro de la virtud no lo haría desgraciadamente menos considerable. Leyenda dorada de los comunistas. Acuerdo en la «cumbre» entre los grandes para administrar esta doble leyenda y completar así, en conjunto, el rechazo al «petainismo». ¿Acaso

Que haya optado por callarlo honra por supuesto su modestia. Pero esto no conviene, temo, ni a la verdad ni a la memoria. ¡Ah! el cobarde alivio de los que, la otra mañana, tuvieron la suerte de despertarse sabiendo que el petainismo, el colaboracionismo, todos esos malos recuerdos pasados estaban, si no exactamente exculpados, sí olvidados, borrados —como si realmente no hubiesen existido...

¿Petainismo o colaboracionismo? Esta es la cuestión, por supuesto. Es el malentendido que hace posible, en el fondo, los juegos de manos de esta especie. Que no hubiera habido, en efecto, como dijo Chaban, más que una decena de miles de colaboracionistas propiamente dichos, que no hubiera habido más que una «decena de miles» de hombres a sueldo de Alemania, deseando traspasar aquí, sin matices ni precauciones, el modelo de sociedad nazi, no es en sí inexacto. Pero no se puede decir, no se puede sobre todo regocijarse con ello, más que con la expresa condición de añadir que había a su lado,

(Sigue en página 4)

no se puede refutar la estafa más que cediendo a los prestigios de la fábula? ¿Rechazar la línea Vergès, más que adhiriéndose frívolamente a lo que yo llamaría, a falta de otra cosa mejor, y pese al inmenso respeto que debo, lo repito, al héroe, al resistente del cuarenta, la «línea Chaban-Delmas»? Yo quiero creer que no. Quiero creer que hay ahí una alternativa absurda, ruinosa para el espíritu. Y continúo apostando, como las semanas pasadas, por una memoria total, sin concesiones ni reservas, que, sola, sabrá preservarnos del verdadero retorno de la bestia. Estamos en 1987, ¿no? Y todo el mundo sabe que el delirio, si tiene que volver algún día, lo haría bajo los colores amables de un fascismo moderado, preocupado por lo francés y, de nuevo, por la respetabilidad que habría, él, no lo dudemos, aprendido de las lecciones del pasado.